

afirmativa á esta pregunta, y su explicación completa forman la materia del segundo libro, y las conclusiones que de aquí se desprenden ocupan el resto de la obra.

§ 6.º

Por ahora, en este primer libro, no consideramos todas las cosas más que como representación, como objeto para el sujeto, y de igual manera que á los demás objetos reales, sólo miraremos por el lado de la perceptibilidad á nuestro cuerpo—de donde viene para todos los hombres la percepción del mundo.—Por lo tanto, no será para nosotros más que una representación. Verdad es que la conciencia del hombre, que se resistía ya á reconocer que los demás objetos son puras representaciones, muestra todavía mayor repugnancia á admitir la idea de que su propio cuerpo no es otra cosa tampoco que representación. Viene esto de que la cosa en sí, en cuanto se manifiesta como el propio cuerpo del hombre, le es conocida directamente, y cuando se objetiva en las demás cosas sólo le es conocida mediatamente. Pero la marcha de nuestras investigaciones hace necesaria esta abstracción, esta manera unilateral de examinar el problema, y requiere esta separación violenta de lo que es esencialmente conjunto; debemos dominar aquella repugnancia y aplacarla con la perspectiva de que las consideraciones que expondré después vendrán á completar con otro el aspecto unilateral de la consideración presente, y á suministrarnos un conocimiento integral de la esencia del mundo.

El cuerpo es aquí el objeto inmediato, es decir, aquella representación que sirve de punto de partida al sujeto para el conocimiento; que precede, con todos sus cambios inmediatamente conocidos, á la aplicación de la ley

de causalidad, y que así suministra á ésta todos sus datos. La esencia de la materia consiste, como hemos visto, en su actividad. Pero no hay causa y efecto más que para el entendimiento, que es lo correlativo de la materia en la esfera subjetiva. Con todo, el entendimiento no llegaría jamás á aplicarse si además no tuviera alguna cosa que le sirviese de punto de partida. Esta otra cosa es la sensibilidad puramente sensitiva, el conocimiento inmediato de las mudanzas del cuerpo, por virtud de las cuales es éste objeto inmediato. El conocimiento posible del mundo intuitivo está, pues, sometido á dos condiciones: la primera—si la enunciamos objetivamente—es la facultad que tienen los objetos materiales de obrar los unos sobre los otros, de producir mutuos cambios; sin esta propiedad general de los cuerpos, á pesar de toda la sensibilidad de los organismos animales, no habría intuición posible. Si queremos enunciar subjetivamente esta misma primera condición, diremos: ante todo el entendimiento es lo que hace posible la intuición, pues sólo de él dimana y sólo por él impera la ley de causalidad, la existencia posible de un efecto y de una causa, y por consiguiente sólo para él y por él existe el mundo perceptible. La segunda condición es la sensibilidad de los cuerpos animales, ó sea la propiedad que tienen ciertos cuerpos de ser directamente objetos del sujeto.

Los simples cambios que experimentan los órganos sensitivos, por virtud de las impresiones exteriores que les son específicamente propias, pueden llamarse ya representaciones, en tanto que no provocan ni dolor ni placer, es decir, que no tienen una significación inmediata para la *voluntad*, y las percibimos sin embargo. No se dirigen, pues, más que al conocimiento, y en este sentido digo que el cuerpo es conocido inmediatamente ó que es

objeto inmediato. Pero con todo, la noción de *objeto* no debe tomarse aquí en su acepción más estrecha, porque este conocimiento inmediato del cuerpo animal, que precede al empleo del entendimiento y que no es más que una mera sensación, no permite todavía percibir como *objeto*, propiamente dicho, nuestro mismo cuerpo, sino sólo los cuerpos que han obrado sobre él. Esto depende de que todo conocimiento de un objeto propiamente dicho, ó sea de una representación perceptible en el espacio, no existe más que por el entendimiento y para el entendimiento; luego no precede á su empleo, sino que le sigue. De donde resulta, que no llegamos al conocimiento de nuestro propio cuerpo como objeto propiamente dicho, es decir, como representación intuitiva en el espacio, más que por una vía mediata, después de la aplicación de la ley de causalidad á la acción de una de las partes de este cuerpo sobre otra; como, por ejemplo, cuando el ojo ve nuestro cuerpo ó nuestra mano le toca. Por consiguiente, la sensibilidad general no nos enseña nada sobre la forma de nuestro cuerpo. Sólo por virtud del conocimiento, sólo en la representación, es decir, sólo en el cerebro, llega nuestro cuerpo á presentárenos como algo extenso, provisto de miembros y órganos. Un ciego de nacimiento adquiere esta representación poco á poco, por medio de los datos que le proporciona el tacto; un ciego de nacimiento que no tuviera manos no llegaría jamás á conocer la forma de su cuerpo, ó á lo sumo conseguiría construirla por deducción, muy lentamente, á consecuencia de la acción que los demás cuerpos ejercieran sobre el suyo. Cuando llamamos á nuestro cuerpo objeto inmediato hay que entenderlo con esta restricción.

Dicho esto, resulta de cuanto hemos expuesto que los cuerpos de todos los animales son objetos inmediatos,

es decir, el punto de partida de la intuición del mundo para el sujeto, el cual lo conoce todo y, por lo mismo, de nadie es conocido. Por consiguiente, el *conocer*, así como el moverse por motivos sacados del conocimiento, es el verdadero *carácter de la animalidad*, como el moverse por virtud de excitaciones es el carácter de la planta. En el reino inorgánico no hay otro movimiento que el que provocan las causas, propiamente dichas, en la acepción más estricta de la palabra. Todo esto lo he explicado detenidamente en mi *Disertación sobre el principio de razón*, en la *Ética* (1.^a Disertación, III), y en *La vista y los colores*, § 1.

Vemos, pues, que todos los animales, hasta los más inferiores, están dotados de entendimiento, pues todos conocen objetos, y este conocimiento es el motivo determinante de sus movimientos. El entendimiento es el mismo en todos los animales y en todos los hombres; tiene en todos la misma forma simple, á saber: conocimiento de la causalidad, paso del efecto á la causa, ó de la causa al efecto, y nada más. Pero los grados de su vivacidad y la extensión de su esfera de conocimiento son muy diferentes, variados y múltiples, desde el escalón inferior, que no conoce más que la relación de causalidad entre el objeto inmediato y el objeto mediato, es decir, lo estrictamente suficiente para pasar de la impresión recibida por el cuerpo á su causa y para percibir á ésta como objeto en el espacio, hasta los grados superiores, que conocen el encadenamiento causal de los objetos mediatos entre sí, conocimiento que puede elevarse hasta descubrir las complicaciones más extremas de causas y de efectos en la naturaleza. Este último conocimiento pertenece también al entendimiento y no á la razón, cuyas nociones abstractas no pueden servir más que para recoger, fijar y combinar lo que el entendimiento ha

percibido y comprendido directamente, y nunca para producir la comprensión misma. Toda fuerza natural, toda ley física, todo fenómeno, en los cuales se manifiesten tales nociones debe previamente ser percibido de una manera directa por el entendimiento; debe ser conocido intuitivamente antes de poder llegar en abstracto, para la razón, á la conciencia reflexiva. Fué una concepción inmediata é intuitiva del entendimiento el descubrimiento hecho por R. Hooke de la ley de gravitación, á la cual redujo de un golpe tantos y tan grandes fenómenos, y que luego vinieron á confirmar los cálculos de Newton. Lo mismo puede decirse del descubrimiento, debido á Lavoisier, del oxígeno y del papel importante que desempeña en la Naturaleza, y otro tanto del de Goethe, acerca del modo de producción física de los colores. Todos estos descubrimientos no se debieron más que á esa operación inmediata, que consiste en remontarse exactamente del efecto á la causa; operación á la cual sigue muy pronto el conocimiento de que la fuerza natural que obra en el fondo de todas las causas de la misma especie es idéntica, y toda esta comprensión no es otra cosa (salvo la diferencia de grado) que la manifestación de esa misma y única función del entendimiento, por medio de la cual el animal percibe también la causa que obra sobre su cuerpo, como objeto en el espacio. Así, todos estos descubrimientos son, como la intuición y como todas las manifestaciones del entendimiento, una comprensión inmediata; y como tales, son obra de un momento, de una ojeada, de una inspiración y no resultado de una serie de deducciones *in abstracto*; estas últimas, fijan, en cambio, para el uso de la razón, los conocimientos inmediatos del entendimiento, depositándolos en los conceptos; en otros términos, sirven para hacer claros estos conocimientos; es decir, para po-

ner al hombre en situación de explicárselos y de comunicarlos á los demás. Esta aptitud del entendimiento para penetrar las relaciones de causalidad entre los objetos mediatamente percibidos, tiene aplicación, no solamente en la física (cuyos descubrimientos todos se le deben) sino también en la vida práctica, en la cual se llama *prudencia*, mientras que en su primer empleo se denomina más bien *perspicacia*, *penetración*, *sagacidad*.

En rigor, *prudencia* significa exclusivamente el entendimiento puesto al servicio de la voluntad. Con todo, estas diferentes nociones no pueden definirse de una manera enteramente precisa, pues se trata siempre de una misma función de ese entendimiento que vemos ejercer á cada animal cuando percibe intuitivamente los objetos en el espacio; esta función, en su grado más alto de desenvolvimiento, sirve, ya para descubrir en los fenómenos naturales la causa desconocida de cierta acción determinada, suministrando así á la razón materia para meditar sobre las reglas generales que forman las leyes físicas, ó ya, en el dominio de la motivación, penetra y descubre las intrigas y las maquinaciones, ó bien expone motivos convenientes y coloca á los hombres que son accesibles á ellos en disposición de poderlos utilizar á voluntad, como máquinas que se mueven por medio de ruedas y de palancas, á fin de hacerlos servir para sus designios.

La falta de entendimiento se denomina *imbecilidad*, es decir, torpeza en la aplicación de la ley de causalidad; incapacidad de comprender inmediatamente los encadenamientos de causa á efecto, de motivo á acción. El hombre imbecil no ve el enlace de los fenómenos físicos; no los entiende ni allí donde aparecen entregados á sí mismos, ni allí donde son dirigidos; v. gr., cuando se emplean en hacer marchar una máquina;

por esto cree fácilmente en brujerías y milagros. El imbécil no advierte tampoco que las personas, en apariencia independientes unas de otras, obran en realidad por virtud de una inteligencia entre ellas, así que se deja burlar y engañar. No ve los motivos ocultos de los consejos que le dan, de los juicios que oye emitir, etc. Lo que le falta siempre es la precisión, la rapidez, la facilidad en aplicar la ley de causalidad; en una palabra, la fuerza del entendimiento. El ejemplo más sorprendente de imbecilidad que he conocido y el más instructivo para el asunto que examinamos, es el de un muchacho de once años, totalmente idiota, que se hallaba en un manicomio. Poseía razón, puesto que hablaba y comprendía, pero en lo tocante al entendimiento estaba por debajo de muchos animales. Cuantas veces me veía, contemplaba unos lentes que llevaba yo colgados del cuello y en los cuales se reflejaban las ventanas de la habitación y los árboles que se divisaban frente á ellas. Esto le llenaba siempre de admiración y de alegría y no se cansaba de mirarlo con asombro. La causa era que no comprendía aquella causalidad inmediata de la reflexión de la luz.

En las diferentes especies de animales, los grados de viveza del entendimiento son todavía mucho más variados que en el hombre. Pero todos ellos, hasta los que más se aproximan á los vegetales, poseen la suma de entendimiento suficiente para pasar de la acción sobre el objeto inmediato al objeto mediato como causa, es decir, para la intuición, para la percepción de una cosa. Esto es lo que caracteriza á los animales, y de ahí viene su facultad de moverse por virtud de motivos, y por consiguiente de buscar ó coger cuando menos su alimento, mientras que las plantas no se mueven más que por virtud de excitaciones y tienen que esperar el efecto inme-

diato de estas excitaciones, á falta de las cuales languidecen, sin poder perseguirlas ni apoderarse de ellas. Es admirable la gran sagacidad de los animales superiores, tales como el perro, el elefante, el mono, el zorro, sobre todo la de éste último, cuya prudencia pintó Buffón tan magistralmente. En las especies más perfectas podemos hallar la medida exacta de lo que puede el entendimiento sin el concurso de la razón, es decir, del conocimiento por medio de nociones abstractas, cosa que no podemos apreciar en nosotros mismos, porque en nosotros el entendimiento y la razón se sostienen mutuamente. La falta de razón en los animales es lo que hace que las manifestaciones de su entendimiento nos parezcan unas veces tan superiores y otras tan cortas. Por una parte, nos sorprende la sagacidad de aquel elefante que, durante su viaje por Europa, después de haber atravesado por multitud de puentes, se niega á pasar por uno, aunque veía que pasaban por él, como de ordinario, los hombres y caballos que le acompañaban, siendo el motivo de su resistencia el juzgarle poco sólido para su peso; por otra parte, nos asombra que los inteligentes orangutanes no sepan conservar, echándole nuevos leños, el fuego que encuentran encendido y en torno del cual se calientan, lo que prueba que esto exige ya alguna reflexión, imposible sin la ayuda de conceptos. El hecho de que los animales posean *à priori* el conocimiento de la relación de causa á efecto, como forma general del entendimiento, es indudable, por ser para ellos, como para nosotros, la condición previa de todo conocimiento intuitivo del mundo exterior. Si se quiere tener un testimonio más especial de ello, no hay más que observar, por ejemplo, cómo un perrito de poco tiempo no se atreve á saltar desde una tabla al suelo, deseándolo, porque prevee el efecto del peso de su cuerpo aunque jamás haya hecho este ex-

perimento particular. Con todo, en la apreciación del entendimiento de los animales, debemos evitar el atribuirle aquello que es manifestación del instinto. Este, cuyo efecto es análogo muchas veces á la acción reunida del entendimiento y de la razón, es una facultad distinta de las otras dos. El estudio del instinto no es de este lugar. Lo haremos en el libro segundo, al tratar de la armonía ó teleología de la naturaleza.

Hemos visto que la falta de entendimiento se llama *imbecilidad*; veremos luego que la falta de razón en su aplicación práctica es la *necedad*; y la falta de juicio la *simpleza* ó *bobería*; por último, la ausencia parcial ó total de la memoria es la *locura*. Estudiaremos todo esto en su lugar correspondiente.

Lo que la razón reconoce exactamente se llama *verdad*; es un juicio abstracto con razón suficiente (*Disertación sobre el principio de razón*, § 29 y siguientes); lo que el entendimiento reconoce correctamente se llama *realidad*, ó sea el justo paso del efecto producido sobre el objeto inmediato, á la causa. Lo opuesto á la *verdad* es el *error*, que es una decepción de la razón, y lo opuesto á la *realidad* la *ilusión*, que es una decepción del entendimiento. La exposición detallada de estas materias puede verse en el primer capítulo de mi *Disertación sobre la vista y los colores*.

Prodúcese la *ilusión* cuando un mismo efecto puede serlo de dos causas completamente diversas, de las cuales una obra muy frecuentemente y la otra rara vez; el entendimiento, que no tiene dato alguno para distinguir la causa que obra actualmente, puesto que el efecto es idéntico, admite siempre la causa habitual, y como su actividad no es reflexiva y discursiva, sino directa é inmediata, la causa falsa se nos muestra como objeto intuitivamente percibido; en esto consisten las falsas apa-

riencias. En la obra antes citada mostré cómo una posición insólita de los órganos sensitivos puede producir una percepción visual doble y una percepción del tacto igualmente doble; con lo cual creo haber probado irrefutablemente que la percepción no existe más que para el entendimiento y por el entendimiento. Véanse otros ejemplos análogos de decepciones del entendimiento ó ilusiones: tales son el bastón sumergido en el agua, que parece roto; las imágenes producidas por los espejos esféricos, que parecen colocadas un poco detrás de la superficie cuando ésta es convexa, y muy lejos de ella hacia adelante cuando es cóncava; la luna, que produce el efecto de ser mucho mayor en el horizonte que en el zenit; efecto que no es óptico, pues las medidas micrométricas han demostrado que, por el contrario, nuestros ojos abarcan á la luna en el zenit con un ángulo visual un poco más abierto que cuando la vemos en el horizonte. El entendimiento es el que admite que la causa del menor brillo de la luna y de todas las estrellas en el horizonte, es su alejamiento mayor; y juzgando según las leyes de la perspectiva aérea, como si se tratara de objetos terrestres, cree á la luna mucho mayor en el horizonte que en el zenit, y á la bóveda celeste más extendida en el horizonte, es decir, de forma de medio punto. La misma apreciación con arreglo á la perspectiva aérea, falsamente aplicada, es la que nos hace ver montañas muy altas, de las cuales sólo es visible la cima á través de una atmósfera pura y transparente, más próximas que lo están en realidad, con detrimento de su altura: tal parece el Mont Blanc visto desde Sallenche. Todas estas apariencias engañosas existen en nuestra intuición inmediata, y no hay funcionamiento alguno de la razón que pueda suprimirlas. El razonamiento puede rectificar un error, es decir, ponernos en guardia contra un juicio

sin razón suficiente, por medio de otro juicio contrario y verdadero; por ejemplo: nos enseña, en abstracto, que no es el alejamiento mayor, sino los vapores, más turbios en el horizonte, la causa de que sea más débil allí el brillo de la luna y de las estrellas; mas á pesar de todo conocimiento abstracto, la ilusión persistirá inmutable en los casos que hemos citado; pues la razón, facultad de conocimiento que sólo el hombre posee, á manera de adición á las demás, está separada entera y claramente del entendimiento, y éste puede, hasta en el hombre mismo, hallarse privado de razón. Todo lo que puede la razón es *saber*: el *percibir intuitivamente* pertenece sólo al entendimiento y está fuera de la influencia de la razón.

§ 7.º

A lo ya dicho, debo añadir lo que sigue, concerniente á todo lo que queda expuesto. En estas consideraciones no he partido ni del objeto, ni del sujeto, sino de la representación que á ambos los contiene y presupone, puesto que la distinción de objeto y sujeto es su forma primera, la más general y la más esencial de todas. Esta forma es lo primero que hemos examinado, pasando enseguida á las otras formas subordinadas á ella: el tiempo, el espacio y la causalidad que pertenecen únicamente al objeto, pero que por serle esenciales como tal objeto y por ser éste esencial también al sujeto, pueden ser halladas igualmente partiendo del último; es decir, que pueden ser conocidas *à priori*, y en este sentido, consideradas como un límite común. Mas todas estas formas pueden reducirse á una expresión genérica, al principio de razón, como he indicado en mi *Disertación* sobre esta materia.

Esta manera de proceder es lo que distingue total-

mente á mi sistema de todos los ensayos filosóficos que se han hecho hasta el día; tales ensayos partían, ya del objeto, ya del sujeto, y trataban de explicarlos el uno por el otro, fundándose en el principio de razón, mientras que yo coloco fuera de la jurisdicción de tal principio la relación entre el objeto y el sujeto, y no le dejo más que el objeto.

Podría no incluirse en esta oposición que acabamos de indicar, el sistema nacido en nuestros días, que generalmente se conoce con el nombre de Filosofía de la identidad, en el sentido de que, no parte ni del sujeto ni del objeto, sino de un tercer término: *lo absoluto cognoscible por intuición de razón*, que no es ni objeto, ni sujeto, sino la identidad de ambos. Aunque no me atrevo á decir una palabra sobre semejante respetabilísima identidad, ni sobre lo absoluto, por estar enteramente desprovisto de toda intuición de razón; debo, sin embargo, observar, fundándome simplemente en los protocolos de los que saben percibir intuitivamente con la razón, protocolos que están al alcance de todo el mundo, incluso de nosotros mismos los profanos, que ese sistema filosófico no es una excepción del antagonismo entre dos errores, que señalé ántes, puesto que con toda esa identidad del sujeto y del objeto que no se puede pensar, sino percibir intelectualmente ó descubrir absorbiéndose en ella, dicha filosofía, en vez de evitar aquellas dos faltas opuestas, incurre en ambas, puesto que se divide en dos escuelas, que son: una el idealismo trascendental, la doctrina del yo, de Fichte, que en virtud de la ley de causalidad hace que el sujeto produzca al objeto; y la otra, la filosofía de la naturaleza, que hace nacer gradualmente al sujeto del objeto, empleando un método llamado de construcción. No veo claro en este método, y lo poco que he podido entender de él es que es un pro-

cedimiento conforme con el principio de razón bajo más de un concepto. Pero renuncio á toda pretensión á la profunda ciencia contenida en esta doctrina, pues para mí, que carezco en absoluto de intuición de razón, todos los sistemas que se fundan en ella son un libro sellado con siete sellos, y voy en este punto tan lejos, que aunque parezca raro decirlo, estas lecciones tan sabias me han causado siempre el efecto de tremendas palabreras, muy aburridas, por añadidura.

Aunque los sistemas que parten del objeto tengan siempre por problema el mundo intuitivo y su orden, con todo, este objeto que les sirve de punto de partida no es siempre este mundo ni su elemento primero, la materia; se puede hacer una clasificación de estos sistemas según las cuatro categorías de objetos posibles de que he hablado en mi Disertación. Así, pueden considerarse como sistemas que parten de la primera de estas categorías, es decir, del mundo real, á los de Tales y los Jonios, Demócrito, Epicuro, Jordano Bruno y los materialistas franceses. De la segunda, ó sea de la noción abstracta, parten Spinoza (que toma como punto de partida la noción abstracta de sustancia, que no existe ni en su definición), y antes de él los Eleatas. La tercera, es decir, el tiempo, y por consiguiente los números, sirve de punto de partida á los Pitagóricos y á la filosofía china de Y. King. Por último, de la cuarta categoría, ó sea del acto de voluntad motivado por el conocimiento, partieron los Escolásticos, que enseñaban una creación sacada de la nada por un acto de la voluntad de un ser personal exterior al universo.

El método más lógico y el que puede llevarse más lejos es el método objetivo, cuando se presenta como materialismo propiamente dicho. Admite la existencia absoluta de la materia, y con ella la del tiempo y la del es-

pacio, y pasa por encima de la relación con el sujeto, en la cual es donde existe tan sólo todo esto. Toma en seguida por guía á la ley de causalidad, y juzgándola un orden de cosas existentes por sí, una *Veritas aeterna*, camina hacia adelante y salta por encima del entendimiento por el cual y para el cual existe la causalidad únicamente. Después busca el estado primitivo más simple de la materia para deducir de él todos los demás estados, elevándose progresivamente del mero mecanismo á la combinación química, á la polaridad, á la vegetación, á la animalidad. Admitiendo que la tentativa pudiera lograrse, el último anillo de la cadena sería la sensibilidad animal; la cognición, que vendría á ser una mera modificación de la materia, un estado suyo nacido de la causalidad.

Si nos hubiéramos dejado conducir hasta aquí por el materialismo con sus representaciones intuitivas, al llegar á la cima en su compañía nos sentiríamos acometidos de la risa inextinguible de los dioses del Olimpo, cuando viéramos, como al despertar de un sueño, que este último resultado, tan penosamente conseguido, el conocimiento, estaba ya implícitamente admitido, como condición inevitable, desde el punto de partida, la materia, y que nos habíamos figurado conocer la materia cuando en realidad no conocíamos más que el sujeto que se la representa, el ojo que la ve, la mano que la toca, el entendimiento que la percibe. Así cae inopinadamente el velo de esa inmensa petición de principio, pues hallamos de repente que el último eslabón es el sostén del primero y la cadena un círculo. La filosofía materialista se parece al barón de Münchhausen, que habiendo caído al agua con su caballo le sacó y se sacó á sí mismo tirando de la coleta de su peluca vuelta hacia adelante. El absurdo radical del materialismo consiste, pues, en to-